

MARCO SOCIO POLÍTICO DE CELTIBERIA

M.^a PAZ GARCÍA-GELABERT PÉREZ
Universidad Complutense

Los escritores grecolatinos que trataron sobre Celtiberia y los datos tomados de sus necrópolis, permiten trazar un boceto, muy difuso, de su organización política. De las noticias escritas y documentos arqueológicos se deduce que la celtíbera no era ya una sociedad igualitaria, sino que se hallaba en un estadio muy primario de la sociedad de jefatura. Las decisiones operativas, siempre a nivel de ciudad, parece que eran tomadas por una asamblea o consejo, tal vez formado por ancianos o nobles, a los que aluden las fuentes. La misma o el pueblo constituido en asamblea nombraba, en los momentos de crisis, caudillo de los ejércitos al personaje más destacado de entre los guerreros.

A synthesis of the political organization of the ancient peoples of Celtiberia is made from texts of Roman-Greek writers and excavated necropolis. It was a chiefdom society, and the decisions were mainly taken by an assembly of elders or nobles. They, or the assembled people, elected the more important warrior as leader of the army.

Celtiberia aparecía a los ojos de los romanos, sus conquistadores, como un país agreste e inhóspito (Estrabón III, 4, 12; Livio 28, 1), poblado de tribus salvajes y orgullosas, que preferían morir a verse despojadas de sus armas (Diodoro 33, 16; Floro 1, 34, 3).

Sobre Celtiberia trataron historiadores grecolatinos como Polibio, quien acompañando a Escipión, parece que se encontraba en el año 133 a. C. en el sitio de la ciudad arévaca de Numancia. Su obra se conoce a través de Apiano. Tito Livio desde la metrópoli escribió *Ab urbe condita*, con abundante material bibliográfico y fuentes de autores anteriores. Alude en su obra a hechos acaecidos en la península hispana y concretamente en Celtiberia. Otros varios autores aportan datos sobre Iberia, tomando fuentes antiguas, como Apiano, ya citado, Valerio Máximo, Silio Itálico, Frontino, Orosio, Floro, Diodoro, Salustio, etc., y el grupo de geó-

grafos y naturalistas, entre los que cabe destacar las obras de Estrabón, Plinio y Ptolomeo.

Y el interés de estos escritores en la mención de una provincia tan alejada de Roma radica en la tenaz resistencia que las tribus del interior opusieron a las legiones romanas. El proceso de conquista, con sus sangrientos episodios, retuvo su atención. Polibio (35,1) lo compara con el incendio de un monte, que cuando parece estar apagado vuelve a brotar por otro lugar. Diodoro (31,40) denomina a la contienda “guerra de fuego”.

Los escritos de los autores clásicos nos han servido para extraer información, dada desde el punto de vista de los vencedores, sobre la organización social celtíbera, desde luego no tan extensa como hubiera sido de desear. A los datos textuales debemos unir los datos aportados por el estudio de los materiales arqueológicos, con lo cual el cuadro histórico que tratamos de describir, referido al grado

de complejidad de la organización política celtíbera, es más acabado y rico en detalles, aunque a pesar de todo muy parcial. Es muy difícil determinar los límites entre sociedad igualitaria y sociedad de jefatura y entre ésta y estado. Los mismos son muy difusos en el proceso de las civilizaciones y difícilmente contrastables a partir de los datos conservados en los textos de la cultura grecolatina y por los deducidos de los hallazgos arqueológicos. Mas no todo ha de ser negativo. Si bien no es posible precisar el paso de la sociedad igualitaria a la de jefatura —ésta se ha definido en un trabajo anterior (García-Gelabert, 1989)—, sí lo es inferir que los hombres que poblaron las tierras de Celtiberia en los tres primeros siglos antes de la Era, ya habían evolucionado de una sociedad igualitaria a una de jefatura. Esto se desprende muy claramente de los textos y datos arqueológicos. Desde luego el grado de evolución en que se encontraba esta sociedad de jefatura no es deducible con claridad, aunque sí es perceptible que era aún muy primario. Para apoyar este aserto es conveniente, pues, como se hace a continuación, desarrollar los datos de que disponemos.

En los escritos antiguos, no sólo en los que aluden a la conquista de Celtiberia por Roma, sino en aquéllos que relatan las primeras incursiones de cartagineses y romanos en tierras del interior, hay referencias, algunas imprecisas, otras más concretas, a reyes, príncipes, notables, caudillos, ancianos, asambleas, legaciones, etc. Esta serie de instituciones induce a pensar que efectivamente la organización social celtíbera se hallaba inserta en un patrón jerarquizado de la categoría propuesta arriba.

Por los datos conocidos, nada induce a pensar que Celtiberia o mejor sus diversos pueblos, estuvieran regidos por instituciones monárquicas. Probablemente cuando se habla de reyes se está adjetivando así al jefe, con una hipérbole propia de los historiadores de las gestas de Roma, para acentuar la importancia de las mismas. El vocablo príncipe, *princeps*, también empleado por aquéllos historiadores, pudo tener la acepción de el primero en dignidad, el que ocupa el primer lugar. En los textos hay pocas referencias a reyes y a príncipes, siendo más usuales a caudillos y a jefes. Tito Livio (35,7,6) denomina rey a Hilerno o Ilernus, jefe de la coalición de vacceos, vettones y celtíberos, que se enfrentó a Marco Fulvio en el año 193 a. C. en las cercanías de Toledo. Después de dispersar sus ejércitos el pretor capturó vivo a Hilerno. También lo llama

así Orosio (4,20,16). Rey designa Floro (1,33,11) al indígena que “vestido de armas resplandecientes, retó a cualquiera de los romanos a singular combate” (Apiano, *Iber.* 53-54), durante la campaña del año 151 a.C. de Lúculo contra Intercatia. Respecto a este guerrero, osado, de talla gigantesca, Apiano no especifica que sea rey. Probablemente se trataría de un noble, un caballero arrojado, de fuerte complexión, un guerrero que podía costearse un rico equipo bélico. Estas armas resplandecientes serían del tipo de las halladas en las numerosas necrópolis excavadas en Celtiberia, es decir, espadas de antenas, decoradas con damasquinados de plata, al igual que sus vainas y los broches de cinturón; las faleras para protección del torso; las grandes fíbulas; los cascos de bronce y las joyas personales. La suntuosidad de las armas y su gran calidad encajan muy bien en pueblos que como los celtíberos son felices en las batallas y desgraciados en la enfermedad (Cic. *Tusc. Disp.* 2,65; Val. Max. 2, 6, 11). A las armas ostentosas debían ser aficionados estos pueblos, pues Sertorio, que a juzgar por los escritos de sus hechos en la Península, conocía el carácter de las tribus hispanas, se ganó su simpatía regalándoles armas decoradas con plata y oro (Plut. *Sert.* 14).

Muy concreta es la mención al príncipe Allucio, citado por T. Livio (26,50), Dión Casio (Fr. 57,42), Frontino (2, 11, 5), Aulo Gelio (*N. A.* 7, 8, 3) y Polieno (8, 16, 6) que se encontraba entre los prisioneros celtíberos tomados por Escipión el Africano en el 206 a. C., después de vencer a los cartagineses en Carthago Nova. Allucio debió ostentar en verdad un rango muy elevado en la sociedad celtíbera, puesto que una vez liberado por Escipión, junto a su prometida, se presentó al cabo de pocos días de nuevo ante el general vencedor, con 1.400 caballeros seleccionados. Este poder de gestión que le permitió reclutar un número importante de caballeros, que posiblemente formarían parte de su clientela, está indicando a un jefe poderoso. Apiano (*Iber.* 50) titula príncipe al personaje que encabeza la legación que los celtíberos envían a Roma en el año 150 a. C. para tratar la paz.

Reyezuelo, “con mucho el más potente de todos los hispanos” denomina Livio (49) a Thurro, tres de cuyos hijos fueron hechos prisioneros por Graco en el año 179 a. C., en Alce, ciudad carpentina. Es posible que el escritor latino se refiera a Thurro como el más potente de los hispanos por su riqueza, ya que después indica que en Alce se recogió un gran botín. Thurro se hallaría al mando del

ejército, elegido de entre los nobles, también citados por Livio, no sólo por su riqueza, sino por su valor, cualidades que en las tribus prerromanas eran estimadas sobre las restantes, acorde con su idiosincrasia. La mención a los nobles está indicando una diversificación social.

Personaje destacado fue Olónico (Livio *Per.* 43) u Olindico (Floro 1.33.13), jefe de la rebelión celtíbera en el año 170a.C., el cual blandiendo una lanza, que decía enviada del cielo, incitaba a levantarse contra los romanos. Olindico, además de ser un guerrero astuto y audaz, parece sentirse elegido por los dioses para su misión, al apoyarse en una lanza divina y adoptar actitudes profetizantes. Por ello y por su valentía, creyó podía penetrar impunemente hacia la tienda del cónsul en el campamento romano, donde fue muerto.

La postura de Olindico incita a pensar que los conceptos religiosos celtíberos tendían a un cierto grado de complejidad, lo que es un tanto más a favor del grado de evolución general de su civilización. A los dioses se acudía en la guerra, y los dioses eran testigos de los pactos que se concertaban entre las partes contendientes (Apiano, *Iber.* 50-52), luego la idea de divinidad debía hallarse ciertamente elaborada.

En el año 154 a. C. la ciudad de Segeda, en Celtiberia, poblada por belos, decidió ampliar su recinto y acorde con ello construyó la muralla. Los romanos prohibían las nuevas fortificaciones, además de exigir tributos y tropas, según el tratado de Graco. A la construcción de la muralla se opuso, pues, el Senado, a lo que se contestó por parte de los segedenses que no se trataba de construir nuevas murallas, sino de ampliar las antiguas. Ante la obstinada negativa a suspender las obras, el Senado declaró la guerra (Apiano, *Iber.* 44; Diodoro 31, 39). Este incidente fue el comienzo de una larga y cruenta contienda que culminó y finalizó con la caída de la ciudad arévaca de Numancia, en el año 133 a.C.

Durante la descripción de las operaciones bélicas, los escritores clásicos aluden a personajes, a los que denominan jefes, caudillos, que se encontraban al frente de las tropas enemigas, y alaban su valor y fuerza. El primero en destacar en esta definitiva fase de las guerras celtíberas es Caro o Caciro, que toma la palabra en nombre de los segedenses, ante la legación romana, defendiendo su postura acerca de la construcción de la muralla. Diodoro (31,39) describe a Caciro como uno de los ancianos. Rota

la paz e iniciadas las hostilidades en el 153 a.C., como los segedenses no habían terminado la muralla se refugiaron con sus mujeres, hijos y ancianos en territorio arévaco. Allí se eligió como caudillo a Caro de Segeda, famoso por su valor (Apiano, *Iber.* 45). Caro rápidamente pasó a la acción, al frente de 20.000 infantes y 5.000 jinetes, mas a pesar de haber obtenido la victoria fue muerto mientras perseguía al enemigo. Debió ser un guerrero destacado y respetado, no sólo por los belos, sus compatriotas, sino también por los arévacos, por lo que es aceptado como jefe de los ejércitos de ambos pueblos. No parece que fuera un anciano, como escribe Diodoro, desde el momento que en la batalla desplegó una fuerte actividad, hecho que no va acorde con una edad avanzada.

En sustitución de Caro eligieron numantinos y segedenses a Ambon y Leukon (Apiano, *Iber.* 46). Probablemente a falta de un personaje carismático muy destacado, como Caro, los nombrados fueron dos, quizá uno por los de Segeda y uno por los de Numancia.

La elección de los caudillos del ejército se realizaba, según se desprende de los textos, por el pueblo congregado en asamblea (Apiano, *Iber.* 46), y es ésta también la manera en que declaró la guerra, tal como indica el párrafo de Diodoro (31,42): “La multitud reunida en pública asamblea, decidió la guerra contra los romanos”.

Este hecho es significativo. No se constata una autoridad individual consolidada, un jefe de tribu, un jefe de ciudad, que dirigiera los asuntos en tiempo de paz y que en la guerra comandara el ejército. No es pues, la celtíbera una sociedad de jefatura constituida formalmente, tal como se reconoce en las tribus ibéricas. Tal vez el grado menor de desarrollo radique en el grado menor de riqueza; en el área ibérica la riqueza, sobre todo minera, era considerable y para su administración y redistribución era necesario un poder concretado en una persona, de ahí que la evolución fuera más rápida. En Celtiberia, según los textos, cuando hay que tomar decisiones que afectan los intereses comunes es el pueblo reunido en asamblea quien las toma. Además en esta sociedad, indudablemente tienen un fuerte poder de gestión decisivo los ancianos, nombrados en diversas ocasiones en relación con asuntos importantes: en el asedio de Luculo a Intercatia (151 a.C.) fueron los ancianos con coronas y ramos quienes se presentaron en el campamento romano (Apiano, *Iber.* 50-52). El legado de más edad fue el que

tomó la palabra cuando parlamentaban con los romanos en el sitio de la ciudad de Certima (año 179 a.C.) (Livio 40,17). Son los ancianos los que se oponen en Lutia en el 134 a.C. a que se ayude a los numantinos (Apiano, *Iber.* 93), y los que en el 75 a.C. aconsejan la paz, cuando Pompeyo acosaba el poblado (Salustio, *Hist.* 2,92).

De la existencia de consejo constituido en asamblea operante y reunido en un edificio a él expresamente destinado, conocemos la noticia que transmite Apiano (*Iber.* 100), acerca de que los habitantes de Belgeda, en el año 93 a.C., quemaron al consejo, junto con el edificio, porque vacilaban en levantarse en armas contra los romanos. De este tipo de consejo, que dirigía los asuntos de una ciudad, no sabemos más; quizá estuviese compuesto por los ancianos, a los que se ha aludido arriba; lo que sí parece patente es que la actitud del pueblo, en el episodio descrito, no está demostrando en absoluto respeto ante las resoluciones del consejo y, que en último extremo, es aquél quien decide.

Otros caudillos, tomando esta palabra en su acepción de jefe o cabeza de ejército, que aparecen en las fuentes son, Megaravico citado por Floro (1,34,3); en relación con el conflicto de Segeda, “se les impuso que entregasen las armas. Esto fue recibido por los bárbaros como si les ordenasen cortarse las manos; así pues empuñaron al instante las armas bajo la dirección del valeroso caudillo Megaravico”; éste puede ser, por la identidad de hechos, el mismo Caro al que aluden Apiano y Diodoro. Caudillo de los numantinos es Liteno, en el año 152 a.C. (Apiano, *Iber.* 50). Su misión no parece ser sólo en momentos de guerra conducir el ejército, sino también negociar las cuestiones de alianzas, pactos, tratar la paz, pues cuando Marcelo situó el ejército en las cercanías de Numancia Liteno pactó con él, bajo unas determinadas condiciones de entrega de rehenes y tributos. Posiblemente el pacto se efectuó por Liteno, en representación de la posible asamblea numantina, que a su vez representaría los intereses del pueblo. Los magistrados con los que trató Tiberio Graco en el 137 a.C. para que le fuesen devueltas sus tablillas de cálculos y cuentas (Plut. *Tib. Graco*, 5) bien podrían ser miembros de la asamblea, ya que permítasenos insistir, no parece existir un jefe único.

El jefe del ejército se debía, pues, nombrar a través de la asamblea institucionalizada, órgano de gobierno de la ciudad, cuyos miembros podían ser los ancianos y de éstos los pertenecientes a las fa-

milias más poderosas o, en su caso, los nobles; o a través del pueblo constituido en asamblea, en los momentos de mayor crisis.

Los textos continúan aludiendo a personajes importantes, pertenecientes con toda probabilidad a los estratos altos de la sociedad, como al joven desconocido, o a Pirreno (Val. Máx. 3,2,21) o Tiresio (Livio, *pap. Oxyrh* 164), sobresaliente en nobleza y valor, quienes independientes uno de otro, retaron a duelo singular a Quinto Occio, legado de Metelo en 143 a.C. Ambos fueron vencidos, quedando con vida Pirreno, con quien posteriormente el legado se unió por la ley del *hospitium*.

Estos duelos, las provocaciones personales por parte de destacados guerreros indígenas, fueron comunes durante el desarrollo de las guerras celtibéricas. Parece una forma usual de acabar prontamente un combate. Los guerreros acudían al campamento romano a retar a aquéllos que tuvieran valor para ello. Otro ejemplo ya se ha referido al aludir al guerrero vacceo, vestido con resplandecientes armas, que retó en 151 a.C. a cualquiera de los romanos a singular combate, reto que aceptó Publio Cornelio Escipión Emiliano (Apiano, *Iber.* 53-54; Polibio 35,5; frams. 13 y 31; Livio, *Per.* 48; Val. Máx. 3.2.6; Floro 1,33,11; Orosio 4,21,1; Plinio *NH* 37,9).

Y finalmente hay que hacer mención a Retógenes de Numancia, llamado de sobrenombre Carraunio, el más esforzado de los numantinos (Apiano, *Iber.* 93), que en las postrimetrías de la resistencia de Numancia ante el cerco de Escipión, eludiéndolo, salió de la ciudad con cinco amigos, que serían parte de su clientelas, para solicitar ayuda a las demás ciudades arévacas. El ser adjetivado por Apiano “el más esforzado de los numantinos” puede estar indicando su valor para realizar la gesta narrada o bien su primacía sobre los demás numantinos, como jefe, con las mismas características que los nombrados con anterioridad. De ser así explicaría el que él, por su poder de gestión, fuera el indicado para solicitar ayuda de las ciudades vecinas, estando implícito, lógicamente, su arrojo para arrostrar tal empresa.

De la resistencia desesperada y solitaria de Numancia, de su petición de ayuda a otras ciudades, y su negativa, se desprende que las decisiones se tomaban a nivel de ciudad. La cohesión que pudiera haber entre ellas debió ser muy ligera, a pesar de compartir la misma cultura. Fundamentalmente unirían a las ciudades independientes lazos de carácter religioso muy tenues.

Floro (1, 34, 11) cuando describe la caída de Numancia, descripción un tanto fantástica, indica que «a las órdenes de su jefe Retógenes se dieron muerte a sí mismos y a la ciudad, con el hierro, el fuego y el veneno esparcido por doquier».

La estratificación social celtíbera no se acusa en los poblados, ni de manera rotunda en las necrópolis, aunque aquí hay más datos. Los poblados excavados en la Meseta no reflejan una sociedad de clases si se analizan las casas; antes al contrario, hay una marcada uniformidad. En las necrópolis los enterramientos no tienen superestructuras funerarias que definan que en un lugar determinado estuvo enterrado un personaje importante, un noble, un gran guerrero, como ocurre en la sociedad ibérica, en la cual las sepulturas de la clase dirigente (creemos que en la sociedad ibera sí se puede hablar con propiedad de clase dirigente), además de por su ajuar, se diferencian por las superestructuras, grandes tumbas de cámara o túmulos, importantes monumentos (García-Gelabert, 1988: 314-349).

La diversificación de la sociedad celtíbera se señala, únicamente, en los ajuares funerarios que acompañan en las sepulturas a los cadáveres incinerados. La mayor parte de los ajuares son muy sencillos, se componen de objetos de uso cotidiano que incitan a pensar fueron usados en vida por aquél o aquélla a quienes acompañan en la muerte. Otros, en cambio, menos numerosos, comprenden objetos ricos, armas, adornos, joyas. Las necrópolis, en general, no han sido estudiadas de manera científica, pues muchas se excavaron a principio de siglo sin método, de ahí que los datos que de ellas se pueden extraer no son todo lo rigurosos que sería de desear; en la mayoría de las ocasiones nos debemos atener a una serie de descripciones de los ajuares. En nuestra época se han excavado y se siguen excavando necrópolis del área celtíbera, pero en las más vistosas, es decir, las que bien por sus superestructuras de estelas sobre las tumbas, bien por su riqueza y extensión, fueron las primeras en ser excavadas, los preciosos datos que contenían, con referencia al tema que estudiamos, se han perdido, debiéndonos atener únicamente a la formación de los ajuares y a las sucintas relaciones de sus estructuras.

“En la necrópolis de Aguilar de Anguita —escribe el marqués de Cerralbo, su excavador (obra inédita: 18)— llevo exploradas más de dos mil sepulturas hasta la fecha (1911), y de ese crecido número apenas hallé en cien objetos de importancia y en casi otras tantas, algunas cosillas. De modo que

pasaron de mil ochocientas las sepulturas en que no se halló sino las urnas cinerarias. En cambio, las enriquecidas con adornos de bronce y armas resultan admirables de ver”.

Y en verdad varios de los ajuares descritos por el marqués de Cerralbo, pertenecientes a la necrópolis de Aguilar de Anguita, Guadalajara, son suntuosos; véanse los siguientes ejemplos:

Ajuar compuesto por serretón para domar caballos, umbo de escudo, fibula anular hispánica. Espada de antenas, lanzas (dos), un *soliferreum*, un bocado de caballo, fusayolas (dos), faleras de bronce (Aguilera, 1916: 33, lám. VI).

Ajuar compuesto de *soliferreum*, espada de antenas, lanzas (dos), regatones, bocado de caballo, varias fusayolas, vaina de la espada, fibula anular, dos cuchillos, faleras, fragmento de escudo, casco de bronce repujado, y otros varios ornamentos de bronce repujado (Aguilera, 1916: 33 ss., láms. VII-VIII).

De un personaje es también el enterramiento hallado en la necrópolis de Altillo de Cerropozo, Atienza (Cabré, 1930: 24): espada de antenas, con nielados muy ricos, tipo Arcóbriga, con cobre y plata; vaina con cajetín para inserción del cuchillo, decorada con nielados de espirales; placa de cinturón profusamente grabada, con roleos, volutas, círculos; con damasquinado de plata se halla una placa rectangular con cuatro colgantes; una fibula de bronce; dos piezas de bronce; dos lanzas; tres cuchillos; fragmentos del embrace de un escudo circular; dos bocados de caballo.

Semejantes ajuares se encuentran, siempre en número reducido, en la mayoría de las necrópolis de la zona septentrional de Guadalajara y Soria, como indicamos, muchas excavadas por el marqués de Cerralbo (Ob. inédita, 1916), y parcialmente revisadas por investigadores actuales; se deben mencionar las de Arcóbriga en Monreal de Ariza (Zaragoza), Alpanseque (Soria), el Altillo, de Aguilar de Anguita (Argente, 1974, 1975, 1976, 1977; Cerdeño, 1978 a; Fernández-Galiano, 1979); las Horazas, Atance (Cabré 1937; Argente, 1975; Cerdeño, 1978 a; Fernández-Galiano, 1979; De Paz, 1980); el Almagral y el Plantío, Ruguilla (Argente, 1975); el Tesoro, Carabias (Argente, 1975; Cerdeño, 1978 a; Fernández-Galiano, 1979; Requejo, 1978); la Caba, Ciruelos; Clares (Argente, 1975; Cerdeño, 1978 a); Estriégana (Argente, 1975); Los Casares, Garbajosa; Los Arroyuelos, Higes (Cabré, 1937; Argente, 1975); Los Acederales, La Hortezueta de Hocén

(Argente, 1975; Cerdeño, 1978 a); Los Centenares, Luzaga (Argente, 1975; Díaz, 1976); La Olmeda, Jandaque (Cabré, 1937; Cerdeño, 1978 a; Fernández-Galiano, 1979; García Huerta, 1980); Padilla del Ducado; El Rebollar (Argente 1975) y Valdenovillos (Argente, 1975; Cerdeño, 1976, 1978 a); Alcolea de las Peñas; Renales (Argente, 1975; Fernández-Galiano, 1979); Tordelrábano (Argente, 1975); La Cabezada, Torresaviñán (Cabré, 1931; Argente, 1975; Cerdeño, 1978 a; Fernández-Galiano, 1979); El Tejar y El Torrejón, Turmiel (Argente, 1975). También la del Altillo de Cerropozo, Atienza, excavada por J. Cabré (1930), y la de Riba de Saelices, excavada por E. Cuadrado (1964, 1968). En Soria Taracena (1932) excavó las de La Mercadera y Monteagudo. En época moderna se han excavado las de Prados Redondos, Sigüenza (Fernández-Galiano, 1976, 1982; Cerdeño, 1977, 1978 a, b, 1979, 1981); La Yunta, en el Alto Jalón, en la zona de comunicación entre el Duero, el Ebro y la Meseta Oriental (García Huerta *et alii*, 1986; Burillo *et alii*, 1988) y la de Prados Redondos, Chera, Molina de Aragón (Cerdeño *et alii* 1981; Cerdeño, 1983 a, b).

Aunque la existencia de un grupo social jerárquicamente diferenciado del común de las poblaciones celtíberas es patente, como parece resultar del análisis de las fuentes clásicas y por los componentes de los ajuares, en las diversas necrópolis del área, este grupo social selecto no se entierra apartado de los demás. En las necrópolis hay una fuerte desorganización. Los enterramientos se colocan sin plan alguno de ordenación, a diferentes distancias y profundidades; indistintamente se mezclan hombres, mujeres, ricos y pobres. La posición social, pues, solamente se detecta en los ajuares y no en las superestructuras funerarias, de que carecen, o en la colocación privilegiada en la necrópolis, como ocurre en el área ibérica, donde la diversificación social se remarca, no sólo en la aparatosidad de los ajuares, sino en las superestructuras funerarias, generalmente apartadas de las comunes.

Probablemente en el día del entierro o en los anteriores y posteriores, los ritos funerales destinados a las clases privilegiadas eran diferentes a los de otras clases sociales, estando su envergadura en relación directamente proporcional a la alcurnia de la persona fallecida. El reflejo de estos ritos no ha llegado a nuestros días, al menos en las necrópolis excavadas en las primeras décadas del siglo. Es de esperar que de las que se excavan en la actualidad

se consigan testimonios materiales, que en alguna manera los indiquen. En la necrópolis de Chera se han registrado posibles sacrificios de animales (Cerdeño *et alii* 1981: 15-16), pero no asociados con sepulturas determinadas, que puedan estar señalando una ceremonia particular.

Se puede intuir, por paralelismo con los funerales de personajes celebrados en la Península, que durante los mismos se inmolaban víctimas, se celebraban comidas funerales, se hacían libaciones, se ejecutaban danzas y combates de guerreros, todo acompañado de cantos y música, tal como ocurrió en los funerales de Viriato (Apiano, *Iber.* 71); en los que narra T. Livio (25, 17, 4) celebrados en el 212 a.C., en los cuales Aníbal hizo elevar una pira a la entrada de su campamento, ante la cual el ejército desfiló en formación y los indígenas ejecutaron sus danzas típicas con los acostumbrados movimientos de armas y cuerpos; y en los juegos gladiatorios organizados por Escipión en Carthago Nova el año 206 a.C. en honor de la muerte de su padre y de su tío. En ellos participaron guerreros indígenas enviados por sus jefes hombres ilustres y famosos, no de oscuro linaje (Livio, 28, 21).

Entre los enterramientos hallados en las necrópolis hay numerosos de guerreros, a juzgar por el ajuar, compuesto de armamento. Estos hombres no murieron en combate. A los guerreros caídos en la lucha se les dejaba expuestos a la intemperie para que sus cuerpos fuesen despedazados por los buitres y otras aves, que habían de trasladar sus almas al cielo. Así lo explica el texto de Silio Itálico (3.341-343): “Honor es para ellos caer en la pelea y tienen por cosa impía quemar los cadáveres. Creen que van al cielo junto a los dioses si el buitre despedaza los cuerpos de los caídos”. Esta práctica supone la creencia de que el cielo es la morada de los muertos gloriosos y de que la divinidad reside en los astros, creencia que indica una concepción astral de la otra vida. Eliano (*Denat. an.* 10, 22), hace extensivo este rito al pueblo vacceo. Eliano puntualiza que los buitres son animales sagrados.

Esta creencia es un argumento más en favor de la complejidad religiosa celtíbera, que refuerza nuestra creencia de una sociedad, en general compleja.

Es probable que a estos guerreros glorificados por su caída en el campo de batalla se les dispensasen las mismas o mayores honras fúnebres que a los que se incineraba y que entre ellos se encontrasen numerosos componentes de las clases dirigentes, de los nobles, a los que se alude insistentemente en los

textos (Apiano, *Iber.*, 44, 45, 46, 50, 53-54, 93, 95-97, 99-100; Livio, 26, 50, 35, 7, 60; 49; *Per.* 43; Diodoro. 31, 39; Floro, 1, 33, 11; 1, 33, 13; 1, 34, 3; 1, 34, 11; Val. Max. 3, 2, 21). También es probable que fuesen heroizados y que las estelas, que se han hallado en numerosos puntos de la Península, representen o sean uno de los elementos de la heroización. Tales son, entre otras, las de la necrópolis de San Antonio (Calaceite, Teruel). Sobre una estela aparece un jinete sentado de frente, con un escudo oval. Por encima de la figura hay cuatro bandas, dos abajo y otras dos arriba, con cinco puntas de lanza cada una. Sobre la segunda puede verse un jinete sin escudo y dos bandas con cuatro puntas de lanza cada una. Estas puntas de lanza que aparecen en las estelas indicarían, según J. M. Blázquez (1977: 282) el número de enemigos muertos en combate, acorde con el texto de Aristóteles (*Polit.* 1324 b) en el que describe que los iberos fijan tantas lanzas en torno a la tumba como enemigos matara el difunto. En las estelas encontradas cerca de las ruinas de Clunia en 1907 se representan en una un jinete con cuatro pequeñas rodela delante del caballo, dos sobre el cuello y el pecho y tres ensartadas sobre una lanza, y en un segundo ejemplar aparece otro jinete con un gran escudo redondo y una lanza con rodela; sobre el cuello del animal aparece otra rodela muy pequeña y tres más delante. Según A. García y Bellido (1949: 320 ss.) las rodela tendrían el mismo significado que las lanzas, es decir, el número de enemigos muertos por el guerrero heroizado.

Si las excavaciones arqueológicas de necrópolis se sistematizan convenientemente, podrán aportar valiosos datos, que unidos a los proporcionados por los escritores grecolatinos, clarificarán el tema que hemos tratado. Esperamos que así sea y que se puede exponer el mismo, no con interrogantes y supuestos, sino con hechos probados.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, E. (Marqués de Cerralbo). 1916: *Las necrópolis ibéricas*, Madrid.
- Inedit. *Páginas de la Historia Patria, por mis excavaciones arqueológicas*, 5 vol. Madrid.
- ARGENTE, J. L. 1974: Las fibulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita. *TP* 31: 143-216.
- 1975: Los yacimientos de la colección Cerralbo a través de los materiales conservados en los fondos del Museo Arqueológico Nacional. *CNA XIV*: 587-598.
- 1976: Informe sobre las excavaciones efectuadas en la necrópolis de El Alttillo (Aguilar de Anguita, Guadalajara). *NAH. Preh.* 5: 357-360.
- 1977: La necrópolis celtibérica de “El Alttillo” en Aguilar de Anguita (Guadalajara) (Resultados de la campaña de excavación de 1973). *WAH* 4: 99-141.
- BLAZQUEZ, J. M. 1977: *Imagen y Mito*, Madrid.
- BURILLO, F. (Coord.). 1986: *Celtiberos*, Zaragoza.
- CABRE, J. 1930: Excavaciones en la necrópolis celtibérica de El Alttillo de Cerropozo, Atienza (Guadalajara). *MJSEA* 105.
- 1931: Tipología del puñal en la cultura de las Cogotas. *AEspA* 21.
- 1937: Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata. *A. Esp. Arte y Arqu.* 38: 93-126.
- CERDEÑO, M. L. 1976: La necrópolis celtibérica de Valdenovillos (Guadalajara). *WAH* 3: 5-26.
- 1977: Prados Redondos (Sigüenza). *WAH* 4: 255-257.
- 1978a: Los broche de cinturón peninsulares de tipo céltico. *TP* 35: 279-306.
- 1978b: Informes sobre las campañas de excavaciones en Guadalajara (1977). Prados Redondos (Sigüenza). *WAH* 5: 259-261.
- 1979: La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara). *WAH* 6: 49-75.
- 1981: Sigüenza: enterramientos tumulares de la Meseta oriental. *NAH* 11:189-208.
- 1983a: Nuevos ajuares de la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). *WAH* 10: 283-294.
- 1983b: Cerámica hallstática pintada en la provincia de Guadalajara. *Homenaje al Prof. Martín Almagro* II: 157-165.
- CERDEÑO, M. L., R. GARCÍA HUERTA, M. DE PAZ. 1981: La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de urnas en el este de la Meseta. *WAH* 8:9-84.
- CUADRADO, E. 1964: Excavaciones en la necrópolis de Riba de Saelices (Guadalajara). *NAH* 8-9: 158-161.
- 1968: Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices. *EAE* 60.
- DÍAZ, A. 1976: La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el MAN. *RABM* 79: 397-489.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. 1976: Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza (Guadalajara). *WAH* 3: 59-68.
- 1979: Notas de prehistoria seguntina. *WAH* 6: 9-48.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D., J. VALIENTE, E. PÉREZ. 1982: La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos, Sigüenza, (Guadalajara). Campaña de 1974. *WAH* 9: 9-36.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1949: *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
- GARCÍA-GELABERT, M. P. 1987: Evolución socio-política de Cástulo: sociedad de jefatura. *Lucentum* 6: 29-41.
- 1988: *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*, Madrid.
- GARCÍA GUERTA, M. R. 1980: La necrópolis de la Edad del Hierro de la Olmeda (Guadalajara). *WAH* 7:9-36.

- GARCÍA HUERTA, M. R., V. ANTONA. 1986: La Yunta, una necrópolis celtibérica en Guadalajara. *Arqueología* 59: 36-47.
- PAZ, M. de. 1980: La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara). *WAH* 7: 35-58.
- REQUEJO, J. 1978: La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara). *WAH* 5: 49-62.
- SCHULTEN, A. (direc.). 1935: *Fontes Hispaniae Antiquae* III. *Las guerras de 237-154 a.C.*, Barcelona.
- 1937: *Fontes Hispaniae Antiquae* IV. *Las guerras de 154-72 a.C.*, Barcelona.
- TARACENA, B. 1932: Excavaciones en la provincia de Soria, *MJSEA* 119.